

en el alma sencilla y sincera de ese anciano, veo yo á Dios tan clara y distintamente como se ve el cielo en las cristalinas aguas de un arroyo virgen. Esta es, doctor, la clase de placer que yo encuentro en el trato con ese eclesiástico. A la ingénua candidez de un niño reúne las luces de un profeta, y es á la vez un hombre excelente y un santo varón, que me distrae á la par que fortifica. Si lo tratarais, veríais que habla del otro mundo como si acabara de regresar de él, y de éste con un gracejo tan agradable, que hace asomar la sonrisa á los labios..... Ayer, sin ir más lejos, me habló de Santa Cecilia, contándome pormenores tan circunstanciados, que estoy firmemente persuadida de que la ha conocido..... Tal es el bueno de mi cura, señor doctor; yo, por mí, lo encuentro muy amable..... Pero vos opináis de distinto modo, y de consiguiente, no habrá más remedio que matarlo.

JACOBO.

Con efecto, señora, yo no le quiero bien, porque, francamente hablando, me gustan poco los santurrones.

MME. D'ERMEL.

Mejor haríais en confesar de una vez que sois socialista, y así acabaríamos de hablar sobre el asunto.

JACOBO.

Pues bien, señora; si ese es el refugio único que les queda á los espíritus de cierto orden contra el imperio imbécil del clericalismo..... sí..... y mil veces sí..... declaro que soy socialista.

MME. D'ERMEL.

¡Hola! ¡caballero Jacobo! ¿conque, según vuestra modesta opinión, os creéis dotado de un espíritu de cierto orden?—¿De cuál, amigo mío, de cuál? ¿Tendréis la bondad de decírmelo? Porque, francamente, yo no me creo una pobre bestia, y á pesar de ello todavía no he acertado á decir cuáles son los espíritus superiores y realmente fuertes..... si los que creen ó los que dudan. Veamos, si no; la fe de ese gazmoño, por ejemplo, la firmeza con que tiene elevada su atención en el término misterioso hácia el cual nos impele cada instante de la vida, ¿será simplicidad ó genio? Por mi parte lo ignoro; pero lo que sí sabré deciros es que apetezco y busco la compañía de ese anciano con el mismo afán con que procura uno acercarse en las tinieblas de una catacumba al que nos precede alumbrándonos con una antorcha.

JACOBO.

Véase aquí ¡pardiez! un hombre canonizado á bien poca costa : de esa manera, respondo de que

no nos faltarán santos para el almanaque. Pero como ya no me es posible resistir por más tiempo el que la obscuridad de inteligencia.....

MME. D'ERMEL.

El oscurantismo, si no lo lleváis á mal.

JACOBO.

Que la obscuridad de inteligencia y la ignorancia bruta se pavoneen con títulos respetables, estoy resuelto, para edificación de su feligresía, á tomar inmediatamente el pulso á esa fe sólida y á ese genio tan ponderado. Mañana mismo he de convidar á comer á ese nuevo padre de la iglesia; trataremos cuestión á los postres sobre cualquier punto del dogma, y estoy seguro de que cuando regrese á su casa por esos caminos de Dios, ha de ir entonando váquicas canciones y haciendo cucamonas á cuantas aldeanas encuentre al paso.

MME. D'ERMEL.

¿Sabéis, doctor, lo que más urge por el pronto? Que vayáis á poner os el gorro de dormir.

JACOBO.

¡Oh, oh! Si yo hubiera podido, señora, figurarme que ese joven sacerdote había echado raíces tan profundas en vuestro corazón.....

MME. D'ERMEL. (Conmovida.)

Ese joven sacerdote de edad de cincuenta y nue-

ve años perdería de seguro veinte juegos de damas sin tomar de aquí pretexto para ultrajar á un ausente, para afligir á una antigua amiga, y mucho menos para ofender al Dios de bondad.

JACOBO. (Con acento burlón.)

¿Al Dios de bondad, eh?

MME. D'ERMEL. (Severamente.)

Sí, señor, al Dios de bondad. Supongo, caballero, que no será vuestro ánimo armar también camorra al Supremo Hacedor.

JACOBO. (Se levanta del sillón y pasea por el gabinete, con los brazos cruzados sobre el pecho.)

¡El Dios de bondad! ¡No deja de ser chistoso el que haya quien se obstine en llamarle así!

MME. D'ERMEL.

¡Jacobo! ¡Cuidado con eso!.... Os lo suplico.

JACOBO.

En resumen, señora; puesto que está ya decidido que un amigo que cuenta veinte años de una sincera amistad se ha de ver en la precisión de ceder el puesto á un fanático que trasciende á seminarista á cien leguas.....

MME. D'ERMEL.

¡Ay!

JACOBO.

La última palabra que este amigo pronuncia en

vuestra casa ha de ser por lo menos una protesta solemne contra los necios ídolos que le destierran de ella!... ¡El Dios de bondad!... Y bien, ¿y qué? ¿Por ventura no daban igualmente los antiguos, estimulados por el terror de una superstición análoga, el nombre de diosas benéficas á las furias infernales? — ¡El Dios de bondad! — Comprendo muy bien que en los arranques expansivos de la adolescencia, ante los fantasmas risueños que guardan el dintel de la vida, cuando lo porvenir nos ofrece el aspecto de un océano sin límites, sembrado de islas fortunadas, cuando el contacto rápido, especialmente, de una mano joven como la nuestra hace circular por nuestras venas yo no sé qué mágico estremecimiento, entonces, sí, comprendo muy bien, repito, que henchido el corazón de esperanzas infinitas, perdida la mirada en los ojos de una mujer á la par cautiva y vencedora, se sueña con una divinidad protectora y benéfica, y que se derrame sobre su altar la copa de oro de la juventud!

MME. D'ERMEL.

¡Diantre! ¡Eso se llama hablar como un libro!

JACOBO.

Mas ¡por el cielo! señora, á nuestra edad, y tal como nosotros somos....

MME. D'ERMEL.

¡Muchas gracias por lo que me toca!

JACOBO.

Yo no me refiero más que á mí.... Ahora bien, ¿querriais decirme en qué concepto puede ser vivo testimonio de la bondad providencial este anciano que tenéis delante de vuestra vista? Miradme con detención y dignaos responderme.

MME. D'ERMEL.

Miraos vos mismo: ahí tenéis un espejo.

JACOBO. (Con gran exaltación.)

Enhorabuena.... ya me estoy mirando.... Pero ¿qué es lo que veo? Una figura de deplorables facciones, cada una de las cuales revela una víctima, al propio tiempo que denuncia un verdugo!.... ¡Veo además la vejez.... la vejez asquerosa por sí misma y para los otros; criatura dolorosa, *espantafiestas*, siniestra y ridícula, espectro tembloroso, al cual importuna la vida á la par que le espanta la muerte! Pero lo que no me es posible ver en vuestro espejo, señora, es el cortejo sombrío de miserias y pesares que se ocultan detrás de estas arrugas, como una bandada de pájaros fúnebres entre las ruinas.... ¡son las enfermedades sin remedio y sin esperanza, distracción única del anciano en sus viglias sin tregua! Ahora bien, se-

ñora, ¿podréis decirme en cuál de los atributos de su edad será dado á este paria bendecir el dedo de una Providencia? ¡Hállase solo; la tierra que hue-lla con sus pies no le ofrece ya otra cosa que despojos de cuanto le fué más caro, y arrastra su carga, por último, á través de las tumbas, buscando la suya y estremeciéndose de miedo de encontrarla! La naturaleza para él no tiene más que campos agostados, soles sin calor y primaveras mortíferas. En una palabra, ¿de qué tenemos que dar gracias á Dios, en el estado en que estamos, merced á sus bondades? ¿Será porque nos ha ahorrado las molestias de los hijos? ¡Tal vez sí! ¡De esta manera al menos nos evitamos el disgusto de ver á nuestros descendientes inmediatos acechando á la cabecera de nuestra cama la obra de la muerte y aguijoneando con los ojos su mano á saz tardía..... última corona reservada á ese largo martirio, golpe de gracia con el que suele terminar regularmente ese castigo terrible impuesto por un crimen desconocido..... la vida humana!

MME. D'ERMEL.

Y bien ¿y qué? ¿es eso todo? ¡Ah! supongo que no; imposible es que dejéis á medio empezar una obra tan generosa; ¿no sois amigo mío? Pues bien, ¡dadme de ello una prueba acabando de demostrar

á una pobre mujer que se han extraviado sus pasos en los senderos angostos que ha emprendido, y que sus lágrimas durante esa trabajosa peregrinación, á cuyo término están tocando sus pies, son infructuosas! ¿Creéis, por ventura, que tan pocas palabras pueden ser suficientes para que una se resigne á perder cincuenta años de lucha, de dolor y de esperanza? ¡No! ¡no! acabad, amigo mío, vuestra obra..... ó por mejor decir, Jacobo, pedidme más bien perdón y tomad mi mano.

JACOBO. (Con sequedad.)

Sí haré, señora, cuando hayáis logrado convencerme mejor de mi crimen ó de mis errores.....

MME. D'ERMEL. (Levantándose.)

¡Ah! Ese arrebató de orgullo viene muy á tiempo para recordarme que la debilidad de la mujer no ha sido pagada jamás en otra moneda que con la ingratitud. Y ahora es cuando os empeño mi palabra formal de que no volveréis á atravesar mientras yo viva los umbrales de mi casa, si antes de salir de ella no me pedís perdón, y de rodillas, por vía de castigo.

JACOBO.

Eso, señora, casi equivale á echarme de aquí á empellones. (Jacobo coge el sombrero y el bastón. Ma-

dame D'Ermel tira del cordón de la campanilla, y de allí á un instante entra Victoria.)

MME. D'ERMEL.

¿Ha venido el criado del señor doctor?

VICTORIA.

¡Válgame Jesús! No, señora.

MME. D'ERMEL.

Pues bien, en ese caso, dí á Juan que encienda el farol y que acompañe á este caballero á su casa.

VICTORIA.

Pero..... ¡señor doctor!..... ¡señora!.....

MME. D'ERMEL.

¿Á qué te metes tú donde no te llaman?

VICTORIA.

Á la verdad..... creí que..... ¡sabéis, señora la noche que hace?..... ¡Si está cayendo el diluvio universal!

MME. D'ERMEL.

Y bien ¿y qué? ¿para qué sirven entonces los paraguas?

VICTORIA.

Lo que este caballero necesita no es un paraguas, sino más bien una cama. La acequia del molino ha salido de madre, y Juan, que acaba de llegar en este momento, ha visto pasar, según dice, al perro del molinero con su garita y todo, y detrás de él una porción de haces de retama, los cuales

deben hallarse ya á estas fechas muy cerca del mar. ¡Vamos, con decir que los nacidos no han visto jamás cosa semejante!.....

JACOBO.

No importa, no importa; estoy resuelto á irme á mi casa, sea como sea.

MME. D'ERMEL.

No vayáis á hacer tal locura; es inútil que os ahoguéis, y sobre todo en el estado pésimo en que se halla vuestra conciencia. (Á Victoria.)

—Bien está: ya llamaré, si algo se me ofrece. (Vase Victoria.—Á Jacobo.) Cuando haya cesado la lluvia, llamaréis á Victoria, y Juan irá á acompañaros. Yo os dejo, porque estoy muy cansada y voy á acostarme. (Mme. D'Ermel sale precipitadamente por la puertecita que comunica con su dormitorio.)

En el dormitorio.—Habitación reducida, fresca y elegante alumbrada por una lamparilla. Los pies de la cama se hallarán enfrente de la puerta del gabinete.

MME. D'ERMEL. (Con la cabeza apoyada en una de las columnas del lecho.)

¡Qué malos son los hombres!..... Verdad es que acaso habrá sido excesiva mi exigencia..... pero no es precisamente mi perdón lo que yo

quiero que pida!.... Si solamente me hubiera ofendido á mí!.... (Mme. D'Ermel da algunos pasos en su dormitorio.) Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto que por mí pasa? Lo que siento en este instante no deja de ser bien extraño á mi edad.... aun cuando es lo cierto que mientras late el corazón no se halla incapacitado para padecer.... ¡hay tantos modos de que esto se verifique!.... Cuando yo era joven, recuerdo que tenía deseos vivísimos de llegar á esa estación de la vida en que suponemos que han de extinguirse todas las pasiones con el hielo que circula por nuestras venas.... y me figuraba que desde entonces ya nada tendría que combatir.... por que no cabe la menor duda de que á los veinticinco años la imaginación no se halla suficientemente desarrollada y fortalecida.... y mal nuestro grado nos complacemos en representarnos á los mismos ángeles con ojos hermosos y semblantes bellísimos, para poder amarlos más á nuestro placer y sentirlo mayor en ser amadas por ellos: en esta edad no es fácil sobreponerse á las seducciones visibles de la juventud, y cree una, por tanto, que disipadas aquéllas, el deber podrá ya caminar sin andadores ... Semejante juicio, sin embargo, es muy erróneo, porque la naturaleza humana es mucho menos terrestre de lo que se

cree.... Para las almas, que después de desprenderse de los mundanales vínculos se quedan enteramente solas, hay también sus resbaladeros y sus atractivos!.... como las flores, tienen su sexo diferente y simpático, y la ancianidad nos hace comprender mejor las delicias del cielo. Pero en resumidas cuentas, ¿amaré yo acaso á ese viejo médico? Sería tan ridículo este cariño.... que á decir verdad, no lo sé.... (Llévase el pañuelo á los ojos.) Indudablemente exigían de mí este sacrificio mi fe y mi piedad ultrajadas, y estoy resuelta á consumarlo: así como así, es el último que tendré que hacer hasta que llegue su turno al de la vida. (Mme. D'Ermel se arrodilla delante de un reclinatorio y permanece prosternada algunos instantes. Transcurridos éstos, se levanta y se pone á escuchar.) No se oye ruido alguno.... ¡Si se habrá marchado! ¡Tanto mejor! (Trata de desabrocharse los corchetes del vestido.) Vamos, no puedo.... No tengo fuerzas para desnudarme.... Me echaré en la cama tal como estoy.... (Acuéstase.) ¡Ah! ¡Con qué gusto veré llegar la aurora!.... La noche es fatal para toda clase de dolencias.... Su negro manto contribuye á obscurer más y más los negros pensamientos.... (Entreábrase suavemente la puerta del gabinete inmediato.)

JACOBO. (Desde afuera.)

Señora, en este momento voy á marcharme.

MME. D'ERMEL. (Aparte con viveza.)

¡Ah! ¡Todavía está ahí! (Alto.) ¿Qué es eso?

JACOBO.

No os alarméis, señora; no trato de entrar. ¿Estáis acostada, por lo visto?

MME. D'ERMEL.

Casi me inclino á creer que sí. No entréis; pero en cambio os doy permiso para que abráis la puerta de par en par. ¿Qué se os ofrece?

JACOBO. (Recostándose cerca de la puerta por la parte de afuera del dormitorio.)

Que la lluvia ha cesado, que voy á marcharme en este mismo momento.

MME. D'ERMEL.

¿Conque es decir que ya no volveremos á vernos?

JACOBO.

Eso no depende más que de vos.

MME. D'ERMEL.

¡Bueno! En ese caso, rodilla en tierra y punto concluído: desde aquí podré veros perfectamente.

JACOBO.

Eso, señora, es imposible.

MME. D'ERMEL.

¿Por qué?

JACOBO.

Porque me pedís una cosa que yo no haré jamás.

MME. D'ERMEL.

Entonces, no hay otro remedio sino que nos despedamos, porque estoy resuelta á cumplir mi palabra.

JACOBO.

Adiós, señora. (Da dos pasos y vuelve en seguida.)

Estoy seguro de que vos seríais la primera que se reiría de mí.

MME. D'ERMEL.

No digo que no. Haced la prueba.

JACOBO. (Golpeando en el suelo con el bastón.)

Lo que es eso, ¡jamás! señora, ¡jamás!

MME. D'ERMEL.

¡Corriente! en ese caso, cerrad la puerta — y á fe que ignoro para qué habéis venido á abrirla, á menos que no haya sido con la intención de ofenderme de nuevo.

JACOBO.

En cuanto á ofenderos, señora, demasiado sabéis que eso es una cosa de la que ni aun en sueños soy capaz.

MME. D'ERMEL.

¡Bah! Lo que yo sé es que cuando, hace poco, me habéis dado á entender que Dios era el diablo

y yo una vieja asquerosa, estabais muy lejos de presumir que dirigíais una galantería á una mujer y á una cristiana.

JACOBO.

Mi ánimo fué decir únicamente que la vejez era un ángel maldito y yo muy feo, y no me vuelvo atrás.

MME. D'ERMEL.

Pues yo digo que la vejez es un ángel que vale tanto como otro cualquiera, y vos sois hermoso.

JACOBO.

¡Oh, señora! Si no me detenéis más que para acribillarme con los disparos de vuestras burlas.....

MME. D'ERMEL.

En primer lugar, conste que yo no os detengo, y en segundo, que no me burlo: lo que he dicho, y me ratifico en ello, es que os halló hermoso. Demasiado sé que las costumbres sociales se oponen algo á que una persona de mi sexo se anticipe de una manera tan directa á un individuo del vuestro; pero la consideración de que esta entrevista ha de ser la última que nosotros hemos de tener, acalla los escrúpulos que en otro caso tendría por obligatorios..... Repito, pues, que os encuentro hermoso, diga lo que quiera mi espejo, el cual ha calumniado vuestra vejez cuando hace

un momento os ha mostrado vuestras facciones desfiguradas por arrebatos indignos de vuestra edad..... Quiero creer, fiando en vuestra palabra, que en otro tiempo hayáis sido un arrogante mozo..... pero dudo mucho que ninguna de las gracias de vuestra adolescencia valiese tanto como ese carácter que dan hoy día á vuestra frente las cicatrices del combate de la vida y el reflejo de la próxima inmortalidad. Y casi estoy por decir que vos mismo hacéis la debida apreciación de esa hermosura, porque en otro caso ¿llevaríais tan erguida la cabeza? ¡Atreveos, si no, á decirme que no halláis un placer y una gloria extraordinaria en ejercer ese patronato incontestable de una vejez honrosa, esa dignidad natural que viene á ser la recompensa de la vida de un hombre de bien! Atreveos á decirme que vuestra alma es de tal naturaleza, que en este instante cambiaríais gustoso los murmullos de respeto público, la estimación, la confianza y la veneración que os rinden en todas partes, por los cuchicheos de gabinete y los triunfos amorosos de la juventud.

JACOBO.

A decir verdad, señora, no sé qué interpretación dar á palabras tan lisonjeras.

MME. D'ERMEL.

Aquí no hay interpretación que valga..... es una declaración en debida forma, que yo tengo la honra de dirigiros, y nada más. Como estoy segura de que no ha de venir á hacerla importante un *mañana*, no he visto en ello un gran inconveniente, al paso que me ha parecido oportuno, ya que al formular vuestras quejas contra la Providencia por las desventajas de la vejez, os habéis mostrado más sensiblemente resentido de la fealdad de ésta que de ningún otro de sus atributos, el derrotaros con vuestros propios argumentos. Hállome además dispuesta á hacer pedazos, con la misma facilidad, cuantas armas hayáis reunido en vuestro arsenal á este propósito. Y aun cuando estoy segura de que jamás se ha hablado tanto de teología por una partida de damas ganada ó perdida, de buen grado me tomaría la molestia de seguir adelante con mi tentativa de conversión, si no carecieseis de la virtud, más indispensable en un neófito, de sinceridad.

JACOBO.

Pero en lo tocante á sinceridad, os juro, señora.....

MME. D'ERMEL.

Permitidme que os advierta que tengáis algo de

más pudor..... Y si no, vamos á ver: ¿hay sinceridad, por ventura, en juzgar absolutamente de las cosas por su reverso, y de la vida por su faz menos halagüena?..... Tanto como á vos, caballero, me ha abrumado á mí la carga de la vida..... y tanto ó más también he sentido la prueba; pero en cambio, ¿qué de alivios y de consuelos me ha revelado la mano paternal que nos la impuso! ¡Ay! Si yo osase elevar contra Dios alguna queja, antes bien le acusaría por haber puesto demasiadas bondades al lado de sus rigores, al propio tiempo que por haber llenado de encantos excesivos esta prisión, puesto que al fin nos ha de ser forzoso abandonarla.

JACOBO.

Vuelvo á deciros, señora, que hubiera comprendido y participado de esos mismos sentimientos, si en la flor de mi juventud.....

MME. D'ERMEL.

¡Dale con la flor de vuestra juventud! Capaz seríais de hacerme reír con eso, si fuese posible que estuviera una para chanzas en el instante en que pierde su última ilusión y su último amigo..... ¡La flor de la juventud!..... ¿Y qué? Yo también, caballero Jacobo, he tenido mi juventud más ó menos florida.....; mas ya sabéis que hay flores de

infinitas clases..... y las que crecen al borde de las tumbas tienen un encanto contra el cual quizás no he opuesto yo bastante resistencia.....

JACOBO.

Señora.....

MME. D'ERMEL.

Me hallo tan cansada, que estoy por deciros que os hablo dormida..... Pues sí, amigo mío; yo hubiera querido ser más insensible á los últimos perfumes de esta noche que ya toca á su fin. Dios lo ha querido de otro modo: este corazón, tal como la Providencia lo ha hecho, tenía que participar imprescindiblemente de todos sus dones..... La alegría placentera de los primeros años, y la embriaguez de la juventud, lo ocuparon á su tiempo, pero sin conseguir gastarlo con el uso: estábale reservado el sentir la serenidad de una vida que reposa á la sombra de lo pasado, la conmoción dulce y profunda de una antigua amistad y la magia de los inveterados hábitos..... ¿Estáis seguro vos mismo que, á decir verdad, no pecáis de demasiado tierno, no habéis de dejar aquí algún objeto de vuestra predilección?..... No hablo de mí precisamente, sino de ese sillón que está arrimado á la chimenea, y desde el cual habéis visto pasar dulcemente más de un invierno, de ese reloj, de

esa consola, de esa colgadura, con la cual están ya familiarizados vuestros ojos, de ese mismo tablero de damas; de todo este reducido mundo de efectos que os conocía, que os amaba, que os prestaba servicios.....; de todas esas pequeñeces, en fin, que quizás por lo mismo que se renuevan diariamente, adquieren sobre el corazón un ascendiente infinito..... Vamos, vamos, doctor, marchad cuando gustéis, que el día de mañana nos ha de vengar, y cumplidamente, al Dios de bondad y á mí; mañana conoceréis que aun os quedaba que perder alguna dicha. (Cesa de hablar un instante, como si se hallasen agotadas sus fuerzas.) ¡Ah! ¡qué cansada estoy..... y qué trastornada, Dios mío! (Bosteza.)

JACOBO.

¿Os ponéis mala, señora?

MME. D'ERMEL. (Con voz cada vez más débil.)

No..... no es nada.....; el cansancio..... el sueño. (Reclinando la cabeza sobre la almohada.) Pero, á Dios gracias, voy á dormir..... Por vuestra parte ya sabéis lo que tenéis que hacer..... Que no vuelva yo á veros..... puesto que..... me siento buena..... y así me ahorraré..... al menos..... (Mme. D'Ermel dice todavía entre dientes algunas palabras que el doctor intenta en vano oír. Así que aquella se calla, Jacobo permanece inmóvil por espacio de algunos instantes con la cabeza